

Todo comenzó con el mugido de una vaca. Fue el mugido y luego un avión que dibujó su trayectoria blancuzca en el cielo. Enseguida fue el choque, y luego los muertos. Que en realidad no estaban muertos y que, al principio, terminaron bajo el cuidado de una enfermera llamada Lourdes. Lourdes tenía una verruga justo arriba del labio superior. Siempre se la había querido operar. Fue lo primero que le preguntó el niño. El niño le preguntó: “¿Qué es eso que tienes justo arriba del labio superior? ¿Una versión mucho más pequeña y grotesca de ti misma?”

Parecían estar muertos. No lo estaban. Con eso de que los encontraron dispersos en el campo, el accidente aparatoso, las ropas quemadas, algunas marcas de sangre, las miradas ausentes, miradas que se fueron a otro lado, miradas que suelen tener los muertos cuando mueren, miradas que dejaron de mirar.

Miradas que dicen: “¡Hey! ¡Estoy muerto!”

Comenzó la historia con el mugido de una vaca y de pronto el *¡Crash! ¡Pum! ¡Blam!* de un enorme jet comercial arrastrándose unos trescientos metros en un campo cultivado con flores de manzanilla. Este pueblo vive, entre otras cosas, de la flor de manzanilla. Tan es el sustento de sus vidas que hasta hicieron una bandera con la débil flor blanca de centro amarillo como escudo. Pero nunca la sacaron a la luz. Viven de eso y de sacar muchas, pero muchas fotos contemplativas,

fotos de paisajes hermosos cubiertos de flores de manzanilla, que luego imprimen en calendarios, tarjetas, carteles, separadores de libros, incluso en esas tarjetillas diminutas con un orificio en la esquina para donde colocas una cintilla y la amarras a cajitas de regalos pequeños, y que la gran mayoría son acompañadas de mensajes inspiradores, inscritos con tinta dorada, de esos que las mujeres grises de sueños terribles colocan en el espacio de sus oficinas.

Lo que pasa es que este pueblo tiene muy bonitos paisajes.

Este pueblo se llama Angustia.

Angustia es una ciudad pequeña de calendario inspirador con esencias de hierba y a un finísimo aroma a diesel (a razón de su transporte anticuado pero no menos preciosista), y que se aloja en medio de dos cordilleras, un lánguido trazo de casas, edificios gubernamentales y locales comerciales modestos de diseño neoclásico (funcionales, concisos, una reiteración de concretos grises combinados con algunos matices de ladrillo y ornamentos de bronce) con su plaza pública y sus parques centrales siempre festivos el día domingo (ahí donde el viejo con sus historias, el señor oscuro con su poemario envuelto bajo el brazo, los eternos enamorados, los pájaros tosiendo) sus calles pintorescas, con pocas veredas siniestras de esquinas peligrosas, un pueblo, digamos, “pre-postmoderno”, con sus faroles que arrojan una iluminación que se siente decimonónica, sus comensales en las afueras de cafés y merenderos con clientelas permanentes, el rafla-fleo de las planas de periódicos locales leídos por señores de ceños fruncidos sentados en las casetas de un bolero, sus ruidillos nocturnos que nadie discute ni interrumpe, sus charlas en la tardenoche cuando el ritmo de por sí atenuado de la vida laboral comienza a desvanecerse, con sus ladridos de perros ausentes, toda esta confección urbana que respira plácidamente y se extiende como cicatriz en las faldas de dos grandes y largas cordilleras, majestuosas y serenas, donde a veces puede olerse en el ambiente el ceremonioso proceso de

deshidratar y empaquetar la flor de manzanilla en pequeñas bolsitas para té, o en bolsillas de popurrí, o destiladas para mezclarlas con la gomorresina con la que se confeccionan varitas de incienso, todo esto en una pequeña fábrica en la cima de estas cordilleras, ahí donde viven unas señoras que apenas y pueden verse. Ni siquiera el autor de este relato puede verlas. Mantos grises les cubren el rostro y cargan grandes sacos con flores. Se pierden entre el humo de las quemadoras y las nubes.

El accidente de Angustia tuvo poco revuelo en los noticiarios del mundo. Primero, fue una nota a las once de la noche (el accidente fue por la tarde, casi al caer el sol) en un noticiario de televisión por cable. El locutor que la emitió hizo el comentario de no saber si realmente existía un pueblo llamado Angustia. No obstante, esta cobertura fue el disparador para que otros noticiarios se interesaran por la nota, que no es lo mismo que decir que se interesaron por el pueblo donde sucedió. Les interesó la extrañeza del accidente (todos los accidentes, por definición creo yo, son extraños), les interesó lo que en un momento descubriremos y es el hecho de que los tripulantes del avión desaparecieron (¿sobrevuelan los alrededores en paracaídas?, ¿se desintegraron?, ¿será posible que *nunca hubo tripulación?*), pero lo que más les interesó fue el accidente en sí. Fue tomado vía satélite. Pudo verse con claridad. Un leve descontrol de navegación que luego se convirtió en un aleteo mecánico por los aires y luego un estrepitoso descenso. Como se veía desde el cielo hacia abajo, no pudo percibirse con claridad que el avión descendía, fue el aleteo desesperado el que mostró el destino final de la aeronave, cuando nos dimos cuenta los doscientos treinta y ocho mil espectadores que estuvimos atentos, muy lejos del sitio, nuestras miradas fijas en la pantalla del televisor, en ese breve lapso —más o menos dos horas, poco menos incluso— en el que los medios cubrieron el suceso, que el avión estaba cayéndose; luego, que se arrastró en un suelo de textura blanquecina con breves destellos de amarillos y ver-

des; luego, que su cola se desprendió, que comenzaron brotes de llamas y humo negro, algunos desdibujos que iba haciendo el combustible derramado en el campo, que pudo verse el desprendimiento de la cabina de pasajeros, incluso algunos desprendimientos de asientos que se fueron repartiendo por todas partes, pudimos haber imaginado los gritos, o quizás nadie gritó, fue todo demasiado rápido, pero sí el estruendo, un chasquido metálico seguido de un pavoroso rugido de maquinaria diabólica, las alas desprendiéndose, frágiles, como si fueran alas de mosca, desmoronándose en el trayecto, cómo todo este ruido (que sólo imaginamos, porque las imágenes del satélite sólo nos permitieron imaginarlo) debió escucharse como un alarido maquinaal que trazó una línea trágica en todo ese campo floreado, y los pobladores de Angustia dicen que fue antecedido por el mugido de una vaca, y que ahí comenzó todo, pero todo fue demasiado rápido, un suceso más, cubierto por los medios durante un lapso de dos horas, y que a la mañana siguiente tuvo sus secuelas de comentarios de oficina y alguna que otra reflexión a la hora de la cena, pero no pasó de ahí, igual que como llegó se fue, y cuando menos nos dimos cuenta, el suceso en Angustia desapareció. Como si nunca hubiera existido.

Pero sí existió. Y no sólo eso, sino que fue el comienzo de una historia. La historia que comenzó con el mugido de una vaca tuvo una especie de consecución dramático-narrativa con el accidente aéreo, pero continuó por afán y obsesión del escritor con una serie de reacciones extrañas por parte de los pobladores de Angustia. El accidente pudo haber sido la conclusión de una historia previa, pero no, fue el comienzo de otra, y es que así es como funcionan las cosas. Si hablamos un poco sobre las personas que viven en Angustia, por ejemplo, podemos decir que todos ellos estaban construyendo sus propias historias. A veces pensaban en contárselas a sus nietos, a veces pensaban si dichas historias se las llevarían a la tumba. No confiaría mucho, como un ejemplo aparte, en las historias del Señor Gómez, poblador de Angustia, sobre todo

aquellas que tienen que ver con una Biblia, un biberón, dos frascos enormes de duraznos en almíbar, una bolsa de aserrín y la recámara de su hija de once años —que ahora tiene treinta— llamada Esther. Estas historias el Señor Gómez se las llevará a su tumba. Esther hará lo mismo.

Lo que sí es que el accidente se sintió como una culminación para muchos de ellos. De esos momentos que elevamos a la categoría de “sucesos” (bodas, graduaciones, primeras comuniones, primer diente caído, primer beso, primer cicatriz, un paisaje formidable, la presencia del fuego en una hoguera, una risa extendida por más de quince minutos), y que luego algún personaje anodino encerrado en un cubículo decide colocarlo en las páginas de un libro de historia, como si las cosas importaran mucho. Así se sintieron, como víctimas y testigos de un “algo” que “ocurrió”. Me refiero a los pobladores de Angustia. Se sintieron como si las acciones precisas, cotidianas, comunes que vivieron en esos momentos llegaran a un desenlace, a una suerte de epifanía donde cada detalle significaba, una clave para el sentido de las cosas, como si el estado emocional, y el pensamiento interno que ocurría en todos ellos al instante del accidente, hubiera llegado a una especie de fin. Vaya, como si el accidente hubiese sido una señal. Muchos de ellos no supieron cómo reaccionar ante una imagen tan sensorialmente abrumadora, pero a la vez tan bella, tan conmovedora. Peligrosa para el espíritu, que siempre busca distanciarse de estas imágenes. Muchos de ellos —un tal tío Guadalupe que gusta acompañar la lenta degustación de unas barras enormes de chocolates amargos con licor de menta todos los días a las cinco de la tarde, una tal señora Calles, que le gusta bailar con el revoloteo de las hojas en el parque en esos días que parecen estar hechos de puro viento, otros tantos que conoceremos después— emitieron un suspiro similar al del primer locutor del noticiero. Y es que el accidente fue espectacular.

En síntesis: ¡Muuuuuuuu! y luego ¡Pum!, ¡Blam!, ¡Crash!
¡Pprrrrrrffffffffffzzzzzzzzzzz! Pero en el decurso de la acción,

primero la trayectoria del avión que primero revoloteó estrepitosamente por el cielo, cuesta abajo, dibujando un trazo blancuzco. Gran dibujo que, desde cierta perspectiva, se mezclaba poéticamente con el color de las flores de manzanilla en la tierra (imaginen un campo vastísimo cubierto de flores de manzanilla. Díganme que no es una imagen digna para una postal, o por lo menos para una de esas tarjetas que vemos en el supermercado y nos preguntamos quién sería tan cursi como para comprarla.). Luego vino un tambaleo que el avión hizo casi al ras del suelo, arrastrando consigo al campo cubierto de flores de manzanilla; luego el desenlace devastador, una intervención arbitraria en el espacio. Esto fue a las afueras de la ciudad, cerca del final de una cordillera, cerca del cielo azul, cerca de un barranco, barranco desde el cual se perdió el mugido de una vaca, se extendió por los alrededores, una vez emitida su señal.

Repito, a riesgo de una insistencia inútil: todos parecen indicar, en retrospectiva, que fue el mugido de vaca el que dio el aviso intempestivo del accidente por venir. Por eso es tan importante mencionarlo. Dio el mugido y todos voltearon, todos los que se encontraban en los alrededores; esto es, casi todos los pobladores de Angustia, un pueblo chico que le gusta sentir la textura de las flores de manzanilla en sus pies. Sintieron alternativamente, según sus respectivas creencias, que se trataba de la anunciación demoníaca de los días por venir. O, que se trataba simplemente de un feo accidente, y que había que hacer algo al respecto. Por ejemplo: Lourdes, la enfermera, fue una de esas personas. Pero también hubo otras que hicieron de este suceso un acontecimiento que tenía que ver directamente con sus vidas. Esto es pasajero; sucede normalmente cuando te sientes solo y desamparado en este mundo. Cuando tu vida es gris y llevas meses enfrascado en una rutina que te deja mal sabor de boca. Te pierdes en el anonimato, dejas de redescubrirte por las mañanas. Luego, viene la conciencia de dicho predicamento. Enseguida, llega la tristeza, o una depresión ligera. A veces la tratas de limar

con un poquito de licor, una buena cogida o un buen partido de fútbol. A veces necesitas más. Es ahí cuando inicias esas búsquedas de claves y signos y *entendimientos* que tienes — según tú— con el universo y su devenir. Te repliegas en ti mismo y cualquier cosa se convierte en salvación. Una frase célebre y/o la cita de un libro de superación personal son más que suficientes para lograr ese salto emocional, de lo mediatubundo a lo inspirador. Llega de pronto un accidente espectacular, que te saca de tu zona de confort y te hace decir que no somos nada. Y sabemos que esto se disipa fácilmente. Que regresa la abulia y el mismo programa de televisión. Así más o menos sucedió. Los pobladores de Angustia sintieron el afecto de este accidente, buscaron en sus conciencias y afinidades espirituales algún tipo de señal, pero luego se fue perdiendo el ímpetu. No obstante, sucedieron otras cosas después.

Por cierto, a todos conmovió el niño que venía en la tripulación. Era verdaderamente hermoso.

Rogelio, el dueño de la clásica tienda de la esquina, llamada “La clásica tienda de la esquina”, y fanático de los partidos de fútbol ecuatorianos, tuvo una de esas reacciones extrañas que generan mitos y chismorreos. Primero se encerró por dos horas en su tienda; cerró la cortina de hierro, haciendo que los pobladores pensarán que se trataba de otro de sus complots fallidos. Pero no, lo que hacía era buscar los paquetes de bolsas para la basura, tamaño Jumbo. Se dirigió al sitio del accidente, con la intención de guardar los cadáveres en las bolsas. Por ahí me platicaron que el tipo le tenía pánico al rostro de los muertos. Algo tiene que ver con que fue testigo del último suspiro de su abuela a la edad de nueve años. En el lecho de su muerte, Rogelio le puso un pequeño espejo en el rostro para que ella se viera mientras desaparecía. Espero hasta que ella dejó de verse.

En fin. Rogelio llegó al sitio y pidió a los cuantos que ya se encontraban ahí, que por favor guardaran los cadáveres

en las bolsas. No, él no lo quería hacer, bastante le costó olvidar los ojos de su abuela mientras perdían su mirada de este mundo.

Pero no hubo necesidad de este ritual. Prácticamente todos los pobladores de Angustia se encaminaron al sitio del accidente y, conforme llegaban, se fueron envolviendo con el humo y las chispas de cables y circuitos. El aroma a ropas quemadas, unas cuantas secciones de la superficie afectada mezclando el color agradable de las flores de manzanilla con trozos de metal hirviendo, plástico quemado, combustible. Muchos asientos del avión desplazados en todo el campo, y en muchos de ellos, gente amarrada con el cinturón de seguridad, equipajes dispersos, paquetes de aluminio con comida de avión, hojas quemadas de revistas varias, las puertas de escape desprendidas, algunas prendas de ropa. El inútil trampolín amarillo una lengua extendida en la hierba. Cabizbajos la mayoría, arrojados en el suelo como trozos arrojados por esa máquina furiosa. Y es en este escenario donde, poco a poco, las víctimas comenzaron a despertar. Podías contar una centena de pasajeros. Pero en esos momentos, todos eran cuerpos mancillados, imposibles de contar. Incluso, imposible contar la historia que estos mismos cuerpos estaban construyendo, hasta este momento. No sabemos si la historia culminó para ellos, justo después del mugido de la vaca. ¿Será la culminación de la historia para estos personajes, desparramados en el campo cubierto de flores de manzanilla aplastadas y trozos de avión por todas partes? ¿Habrá sido una señal para ellos también?

Otras versiones, puestas a la luz muchos años después del suceso y los acontecimientos que seguirán leyendo ustedes en el transcurso de este relato, sostienen que, en realidad, el anuncio ominoso del accidente no lo produjo el mugido de una vaca sino el gemido de una muchacha llamada Lucía, cuando estaba a punto de tener un orgasmo. Fernando, su novio, mucho tiempo después, declaró que los gemidos de Lucía, previos y durante y posteriores al orgasmo, eran la cosa más maravillosa que pudiera presenciar un mortal.

Era como si escucharas los ronroneos de un géiser antes de la ebullición... seguido de una ebullición indescriptible... seguido de la posesión y desposesión de un cuerpo mangoneado por sí mismo.

La prensa internacional tomó la cita. El día de su publicación, se vendieron doce mil copias de periódicos que incluyeron dicha cita en sus páginas, alrededor del mundo.

Nadie leyó la declaración de Fernando.

La versión sobre estos comienzos fue ofrecida por el niño. El otro niño, el único infante en el pueblo de Angustia. Un niño igual de hermoso y cautivador que el encontrado en los trozos de avión desplazados por todo el campo cultivado con flores de manzanilla. Hay que imaginar su belleza similar al aura de una pintura, una perfección que desafía ser descrita, sin connotaciones en sus gestos que pudieran dar cuenta de

posteriores comportamientos en la adultez. Cuando ves a un niño que ya parece señor, cuando ves a un niño que imita las gesticulaciones de la madre o de una mascota, cuando ves a un niño mudo, extraviados sus sentidos, desconcentrado por la periferia, un niño entre muchos niños, dispersos en acciones y pensamiento, la reiteración de las ansiedades de sus progenitores, su identidad anónima, ninguna de estos factores aplican cuando se piensa en la belleza de este niño. Niño de retrato, sí, pero no lo suficientemente siniestro como para otorgarle una condición maléfica. Los niños son bellos siniestros o bellos puros. Este es el segundo tipo de niño. Nunca malcriado, siempre correcto, con una imaginación diplomática que siempre dejaba para sí mismo y no compartía con los demás.

Tampoco compartía sus golosinas.

Y él dijo, “en realidad fueron primero los gemidos de Lucía, luego el mugido de la vaca, luego el *¡Pum! ¡Crash!*”. Nadie le creyó. Nadie les cree a los niños. Es como una maldición. No estamos en posición para creerles. Una vez que desconfiamos de la infancia, y una vez que los niños se comportan con el cinismo de sus padres, comienzan los tiempos de la eterna sospecha. Es el signo de nuestros tiempos: fuimos niños a principios del siglo XX, bien portados e imaginativos, pero luego llegaron diluvios que nos hicieron sentir que la vida no tiene caso, así que hay que huir cada uno de nosotros con la mejor partida de pan. Es por eso que los niños y los políticos dejan de decir la verdad en algún momento de sus vidas.

Pero en realidad es muy posible que haya sido así. Me refiero a que las cosas comenzaron con un gemido y no un mugido. Lo que pasa es que esta pareja de enamorados, al momento del accidente, estaban teniendo sexo en la recámara de Fernando. Su madre, como siempre, se hallaba meditando su triste condición de mujer sordomuda adicta a los cigarrillos viejos,¹ encerrada en su recámara, viendo la repetición de

¹ Probablemente no lo crean, pero hay un buen contingente de personas que prefieren fumar cigarrillos viejos, secos, que se arrastre el humo por sus gargantas, para sentir algo, lo que sea, una comezón interna, de perdida una insatisfacción adictiva en los pulmones.

una antigua telenovela mexicana sobre mujeres insumisas con enormes peinados y maquillaje digno de Teatro Noh, que se sobreponen a los obstáculos de la suegra aristócrata que no quiere ver el apellido de la familia arrastrado hacia la perdición por la sangre plebeya de una cajera de supermercado. Nadie sabe de dónde sacó el hábito, ni el de los cigarrillos ni el de las telenovelas mexicanas.² Lo que sí puede afirmarse es que el sexo que su hijo tenía con Lucía era

¡ES

PEC

TA

CU

LAR!

como un par de animalejos extraños que burlaban las leyes de la naturaleza, de la física y del deseo. Como haber sido el primer personaje de la parábola de la caverna de Platón que vio la luz que se anunciaba al fondo de la oscuridad.³ Todo lo cual puede dar a entender al lector que se trataba de un sexo terrible y formidable precisamente por terrible. Fernando tenía diecinueve años. Tenía demasiado buen sexo para su edad.

Por otro lado, el detalle del géiser que refiere Fernando en la cita se debe a... pues...

Lucía es del tipo de mujeres que, al momento del orgasmo, suelta un torrente de líquido que sale disparado de su entrepierna. Fernando siempre tenía que sacar su pene y retirarse unos pasos. Contemplaba la imagen sublime de una

² Aunque, por otro lado, todos sabemos de dónde nace esa costumbre mexicana de contar siempre la misma telenovela. Nos queda tan claro que ni siquiera me tomaré el tiempo de explicarlo aquí.

³ Bueno, el segundo. El primero se suicidó.

mujer disparando un chorro de líquido de su vagina. Hay quienes no están muy a gusto con dicha imagen, su cuerpo sin cuerpo, su vida sin vida y con vida a la vez, ausente, presente, tomado y dominado por un dragón interno.

Nunca le han dicho al niño que esto sucedía en la recámara de su hermano. No obstante, sí estaba familiarizado con el gemido de Lucía. Para él, Lucía solamente se sentía muy mal.

Se sentía mal muy seguido.

El gemido de Lucía podía escucharlo todo el pueblo. Era casi como el canto de un gallo. Ocurría varias veces durante el día, durante los años que este par de enamorados estuvieron juntos. Nadie ha confesado al hermanito de Fernando que Lucía prorrumpe un orgasmo como géiser y expela de su cuerpo espasmódico un chorro de agua.

El chorro de agua siempre era frío. Nadie sabe por qué.

Cuando esto sucedía, y sucedía prácticamente cada vez que tenían sexo, ella desaparecía...

Cuando esto sucede, siento que desaparezco. La mirada se va a un horizonte que no reconozco. Estoy absolutamente y no estoy en lo absoluto. Me desvanezco tan pronto como la vida. Un cuerpo petrificado momentáneamente por los sentidos. Divago en la piel cobriza de mi hombre. Las gotas de sudor que caen de su barbilla a mi cuello, un jadeo mutuo que se vuelve multitudinario, las voces de sus ancestros y mis ancestros, cuando a él su padre le decía que esas eran cosas para hombres de pantalones largos, cuando a mí me decían que estas eran cosas para mujeres que ya no quieren ser, que se quieren olvidar de sí mismas, un revoloteo de imágenes y sonidos y furias que en esos momentos significan todo, historias que no se cuentan, aquello que no se puede contar, lo que dejamos para el silencio y para nosotras. En esos momentos, somos un terremoto en potencia, un territorio sigiloso que cuando quiere se deja llevar por leves orquestaciones de hormonas y aromas y gemidos y espasmos y caricias que dejan de sentirse ligeras y ahora son garras que desprenden el cuerpo, el mundo

ensordece, los cuerpos son ocupados por otros cuerpos, otras maneras de usar los cuerpos, las cosas regresan a su vitalidad inicial, cuando lo único que realmente tenemos que hacer es nutrirnos de los disparadores que nos permitan seguir moviéndonos en el espacio: nutrientes, oxígeno, agua, temperatura. Puede ser en el campo o allá atrás en el almacén, puede ser en horas de trabajo o en tiempos donde los cuerpos se sienten solos, donde quieres desconocerte y quieres ser desconocida por el otro, ese otro que te toma de los cabellos y empuja tu cabeza hacia su entrepierna, cuando cuentas los ritmos de su penetración, pausado, fuerte, duro, interminable, quieres que todo acabe y que todo sea un comienzo perpetuo. Las historias que no se cuentan y que se han contado desde que tenemos necesidad de contar lo inenarrable, visos de mujeres correctas que jamás sintieron un orgasmo (mi abuela, los orgasmos dubitativos de mi madre) cada esfuerzo de mi cuerpo por sentir placer es como un triunfo, el largo río del relato de mi sangre perpetuándose cada vez que pego mi cuerpo al suyo, enrosco mis piernas en su cintura, siento su pelvis empujando mi pelvis, me pongo de rodillas y luego desciendo mi espalda y él aprieta mi columna con las yemas de sus dedos, dejándolos recorrer de arriba hacia abajo hasta que llega al cóccix, me penetra mientras su dedo juguetea en mi ano, y de repente no hay nada, sólo una ausencia de memoria, inmediata, sufrible y gozosa al mismo tiempo, sólo lo puede explicar el ruido que emanan de los cuartos, las recámaras, las salas de casas ajenas, los espacios oscuros, salones, armarios, vestidores de tiendas, sólo éstos tienen el relato conciso de lo que ocurre cuando simplemente te dejas llevar, cuando quieres volver a sentir la barba sin rasurar, el olor de sus axilas, su cabeza oculta en tu cuello, tus ojos desvanecidos, hasta que de pronto, de la nada, de ese sitio al que querías llegar desde el principio, todo cobra sentido. Llega el orgasmo como un torrente de verdad, la verdad última, absoluta, qué importa cómo lo hayan explicado la iglesia, la ciencia, el ritual y la magia. Es la única verdad danzante de los sentidos. Ahí es donde te das cuenta que no eres un cuerpo, eres muchos, que no es una historia la que vives sino muchas, relatos universales, el sexo como remedio, síntoma y diagnóstico de los malestares y placeres del mundo. En ese instante, ahí, en ese sitio sin sitio desde

donde surge el orgasmo, no puedo verme, no puedo olerme, ni escucharme ni sentir mi piel. Soy poseída por algo más allá de mí. *Alguien* toma mi cuerpo, soy ocupada por un agente secreto, sutil pero ceremonioso, que conduce a mi cerebro a una suerte de nuevo despertar.

(Extraído de *El diario enfurecido de Lucía Antunes*, Ed. Ple-garias de la Piel. Mass. EE.UU. 20**))

Lucía y Fernando resultaron más enamorados de ellos mismos después del accidente. En apariencia, eran la típica pareja de domingo en el parque, de manos sudadas y quizá un beso recostados en la hierba mientras él juguetea con los pétalos de una flor de manzanilla, dibuja y siluetea patrones en el rostro de Lucía. Fueron modelos de tarjetas y carteles por un tiempo. Alguien en Londres o en Montreal los reconocería, si dicha persona es de las que visitan los estantes de tarjetas en los supermercados. Las tarjetas, calendarios y carteles que se producen en Angustia se venden en miles de supermercados alrededor del mundo, de modo que, probablemente, el lector haya visto una de estas tarjetas. Si es así el caso, entonces puede estar seguro que uno de los personajes vistos en estas tarjetas tiene la tendencia a producir orgasmos brutales que expelan de su cuerpo como si saliera disparada su alma de tanto placer.

Dijo Fernando a Lucía, mientras caminaban en el sitio del accidente: “Morir a tu lado sería la manera más celestial de morir.”

Dijo Lucía a Fernando: “La simple idea de tener que perder tu presencia me hace morir lentamente todos los días.”

A la gente de Angustia le gustaba y no le gustaba ver a los enamorados. Sentían como si su relación los hiciera menos fieles a las necesidades y deseos de la comunidad. Había detrás de ese sentimiento una suerte de egoísmo mutuo. Pero nadie le prestaba mucha importancia.

La mamá de Fernando no quería mucho a Lucía. Una madre no podrá escuchar, pero jamás dejará de sentir celos por su hijo. Sobre todo si fue producto de un amasiato digno

de telenovela mexicana, sobre todo si reconocía que sus encuentros eran constantes (ella no escuchaba, pero bien que entendía sus miradas —esa complicidad a veces morbosa a veces enternecedora de las parejas, pero que en algún momento a todos enferma— y sabía que ellos se comunicaban de maneras que ella jamás podría hacer con su hijo), y sobre todo porque su naturaleza la dictaba que su vida iba a pérdida y después de ella no quedaba nada, sólo esbozos del pasado y una que otra fotografía de álbum familiar. Era una mujer melancólica. No hay muchas en este mundo.

No obstante todos estos sentimientos, la idea de que el accidente fuera avisado por un tremendo y cegador orgasmo era atractivo y a la vez repulsivo para todos los pobladores de Angustia. Porque les recordaba, al interior de sus conciencias, que estos dos muchachos profesaban un amor que no les correspondía a los demás. Imposible pensar en ellos para la guerra, para las acciones benéficas y solidarias de un pueblo que, quizá, nadie lo sabía, pudiera en algún momento entrar en crisis. Muchas cosas revoloteaban en sus cabezas. Ciertamente, al principio desdeñaron la hipótesis del niño (todo esto lo discutieron en cafés y salas de hogares, en las afueras de las tiendas y supermercados, cuando cargaban las provisiones para la cena y de pronto se encontraban a fulanita tal o fulanita tal), pero creo que en el pensamiento colectivo se hallaba una pizca de duda, seguida de una leve sospecha; esto es: a todos les parecía que las prácticas sexuales de Fernando y Lucía (todos las conocían, su madre en realidad hacía caso omiso a lo que su coraje le dictaba) les echaba en cara sus propias desavenencias sexuales (a la gran mayoría. Aunque había otros practicantes bastante adeptos en este pueblo), al tiempo que les propiciaba un sentido de pérdida (de la inocencia, de la juventud, del goce que se goza cuando se desea) que no querían enfrentar. Al mismo tiempo, repito, está el sentimiento de que demasiado amor entre dos personas luego se vuelve introvertido, y deja de ser un amor para la colectividad. No es que fueran hippies los pobladores de An-

gustia, pero sí les importaban cosas como el amor al prójimo y el amor a la comunidad. Lo celebraban constantemente, durante siglos, a base de fiestas y rituales que les permitían sonreír sonrisas genuinas, no agotadas por el miedo y las frustraciones personales. Son demasiados detalles que entraron en juego cuando se habló de la posibilidad (y claro, peor aún, ¡lo sugirió un niño!) de que el anuncio ominoso del accidente hubiera sido efectuado por los espasmos torrenciales de una joven que acababa de venirse. Estas consideraciones le importaban mucho a la gente de este pueblo.

Por otro lado: de todas formas, y a juzgar por los sucesos que ocurrirán después en esta historia, dudo mucho que estas consideraciones tengan mucho peso.